

Filosofía de lo psíquico

Introducción a la Historia de la Psicología, desde un punto de vista metódico y filosófico.

Desde la antigüedad hasta los tiempos presentes la psicología ha desempeñado papel importante dentro del pensamiento de la humanidad. Ella, a más de estudiarlos, se propone investigar la evolución de los procesos psíquicos en el hombre y en los animales, en el niño y en el adulto, bien sea como sér individual o como sér colectivo. Tiende también la psicología a buscar las relaciones entre esas evoluciones y el desarrollo general de la cultura: religión, lenguaje, educación, derecho, arte, costumbres, etc. Se distingue, pues, de las demás ciencias (las naturales, por ejemplo, que estudian la experiencia externa), bien que debiera decirse que cada experiencia es interna, puesto que es por el espíritu, por nuestra conciencia, como obtenemos los conocimientos.

Las meditaciones que nos proponemos, aunque muy superficiales, nos confirman en la grande importancia de la psicología como ciencia fundamental o, por lo menos, auxiliar, de todas las demás ciencias, pudiendo hablarse con razón de su universalidad.

Relativamente tarde, y ya en una cultura bastante desarrollada, llevó el hombre su atención hacia su vida interna. Motivos biológicos: la necesidad de alimentarse y de defenderse contra los obstáculos y peligros del medio ambiente (en ese entonces todavía primitivo), trajeron para la humanidad el atraso en el estudio científico de la vida anímica. Uno de los primeros grandes pensadores que, sin fatigas,

llevaron su atención y la de sus contemporáneos a la vida interior, ha sido el filósofo griego Sócrates (468 a 400, a. de C.), de quien procede la sentencia: *Nosce te ipsum*, "Conócete a ti mismo" que, al tiempo que despeja los caminos de la observación directa (introspección), abre también los de una investigación científica directa. Desde entonces, cuenta la psicología con métodos propios.

Ya en la antigüedad se habían estudiado los fenómenos psíquicos, cierto que no por sistema sino ocasionalmente, y sólo por el método de introspección. Al mismo tiempo, la psicología era "racional" y sólo con la razón resolvía sus problemas, es decir, que prescindía del estudio de datos psíquicos experimentales, del método empírico. En los tiempos antiguos interesaba, por sobre todo, el alma, su origen y su problemático destino después de la muerte, o sea, ese fin filosófico-metafísico, si es que llamamos "metafísico" a todo lo que está más allá de lo natural, de lo cognoscible por la experiencia. La psicología de esa época se utilizaba de los hechos psíquicos: el alma, su modo de obrar y su esencia, preferentemente como de bases de especulación filosófica sobre su última causa. Surgieron de allí problemas, tanto psicológicos como filosóficos: la distinción entre sensación e intelección, la percepción del tiempo y del espacio, la libertad de la voluntad y la substancialidad del alma.

La historia de la psicología nos demuestra que la relación estrecha y fructuosa para ambas partes, entre la psicología y la filosofía, existente desde el principio de la "Ciencia" de la psicología, perdura hasta la actualidad, a través de todos los siglos. Pudiera decirse, por tanto, que la psicología moderna, con sus conceptos de complejo, profundidad, estructura, totalidad, evolución genética, o sea, en sus problemas fundamentales, se une, de manera decisiva, a los problemas filosóficos y, con éstos, a los metafísicos.

Una mirada a través de la historia de la psicología, que es nuestro propósito con estas explicaciones, revela, asimismo, un importante desarrollo significativo de los métodos empleados para investigar los hechos psíquicos, métodos que corresponden al progreso total de las ciencias. Por ejemplo, en el siglo XIX "*El siglo de las ciencias naturales*", se intro-

dujo el experimento en la psicología, y psicólogos y filósofos, como Weber, Fechner y Wundt, están reconocidos, desde esa época, en la historia de la psicología, ya entonces llamada "*Psicología naturalista*". Basada en sus ideas y con el intento de profundizarlas y de armonizarlas con las demás ciencias, especialmente las llamadas "*Ciencias del espíritu*": la filosofía, la religión, la pedagogía, la historia, la sociología, la etnología, la filología, el derecho, el arte, en fin, las ciencias que tienen por objeto procesos espirituales y sus objetivaciones concretas, la psicología actual se enfrenta cara a cara con su objeto, sin prejuicios de ninguna naturaleza que puedan distraer su fin de la fiel aprehensión de lo psíquico. En una palabra: la psicología actual quiere ser una psicología psicológica.

El desarrollo histórico de la psicología, en sus tres etapas principales, está en

Una psicología metafísica,
Una psicología naturalista y
Una psicología psicológica.

Esa división nos demuestra no sólo la amplitud y profundización de los métodos usuales, sino que también comprueba la relación continua de la psicología con la filosofía, especialmente con la metafísica. Penetremos en este estudio de una psicología filosófica, esto es, de una filosofía de la psicología, desde un aspecto metódico.

LA ETAPA METAFISICA

La metafísica se propone esencialmente el estudio de la materia, del alma y de Dios, y quiere comprender el universo en su conjunto. Al interpretar los datos tomados del mundo exterior y llevarlos al interior por medio de nuestros sentidos en mucha parte, el filósofo nota la insuficiencia de dichos datos. ¿Sería necesario filosofar sobre si los fenómenos psíquicos, sobre si la experiencia pueden dar una completa satisfacción a nuestra curiosidad intelectual?... De ese modo surgió para los filósofos de la antigüedad el problema del al-

ma y de sus actuaciones, el de la comprensión del mundo espiritual. Y, metódicamente, ninguna psicología metafísica o especulativa prescindió o pudo prescindir netamente de la experiencia como base de las especulaciones, ni psicología empírica alguna, como lo veremos después, pudo omitir los problemas metafísicos.

El problema primordial de la psicología metafísica es la esencia del alma. Y afirmados en la observación de los fenómenos de la naturaleza física, raciocinaban los filósofos de la antigüedad, en especial los griegos, sobre si el alma fuera un sér material que corresponda a los objetos materiales del mundo exterior... Y según la relación que exista entre el alma y la materia, dentro de esa concepción de "esencia del alma", tenemos, ante todo, dos sustancias: el alma y la materia (el cuerpo), de donde el concepto filosófico del *dualismo*. Se intentó, después, suprimir ese dualismo y unir en uno solo los dos conceptos de alma y de cuerpo, de donde el concepto filosófico del *monismo* en sus dos aspectos: el monismo espiritualista y el monismo materialista. Sigamos esa dirección para profundizar el concepto de una psicología metafísica.

El primer ensayo para determinar un cierto sistema de doctrinas psicológicas dentro de un concepto dualista del mundo, lo hizo Heráclito (540-580 a. de C.), oscuro filósofo de Efeso. De acuerdo con su concepción general del origen de las cosas en el fuego, el cuerpo humano corresponde a la tierra, y el alma al aire del fuego. Anaxágoras de Clazomene establece una nueva forma de dualismo en la que predomina el espíritu. A ese poder racional previsor que actúa conforme a un plan, lo llama Anaxágoras: Nus, o sea, espíritu o razón del universo, concibiendo así de primero la idea de una fuerza evolutiva dotada de finalidad, bien que este Nus, espíritu, inteligencia o alma, aparezca como algo material, la más fina, es cierto, y movediza de todas las materias.

La culminación de la idea del dualismo se obtiene en las obras de Platón, el representante más célebre de Anaxágoras (427-348 a. de C.). La conocida *Teoría de las Ideas* pone al alma entre las ideas y los objetos materiales, ya que el alma, aunque ligada al cuerpo humano material, es capaz de

reconocer las ideas. El alma es el camino de entrada al conocimiento del mundo. Esta alma, en la cual la razón y el sentido de lo eterno y de lo puro chocan con la inclinación sensible a los bienes y placeres perecederos, desciende, mediante tal inclinación, de su patria originaria: el mundo de las ideas, patria con la que, por su propia eternidad, guarda parentesco. Así el alma queda encadenada al mundo perecedero de los cuerpos. De esta manera exige Platón, quizás inconscientemente, una ciencia de los datos interiores, de los fenómenos psíquicos, que den al alma cuenta del mundo exterior, aun cuando con limitaciones, visto que el mundo exterior perceptible es un mundo de apariencias engañosas y que se nos oculta la realidad de ese mundo. Esa la contribución de Platón a la *teoría del conocimiento*, uno de los problemas fundamentales de la filosofía.

Aristóteles (384-322 a. de C.), discípulo de Platón, trata en su obra *De anima* sobre problemas psicológicos. Para el ilustre filósofo, *alma* es la causa formal, la que da la forma al sér; es la *entelequia*, una fuerza mayor inexplicable, un concepto filosófico que ha influido hasta en filósofos contemporáneos, como Bergson y Driesch. El alma vegetativa condiciona las funciones del crecimiento y de la reproducción hasta en los vegetales mismos; el alma animal se manifiesta en la percepción y en el movimiento impulsivo, y el alma racional es el alma pensante del hombre. He allí la triple manifestación del alma que, con la influencia sobre el cuerpo que anima, contribuye a perfeccionarlo y a elevar, cada vez más, su vida.

Una triple división aristotélica del sér humano dominó, desde entonces, la filosofía: la división en espíritu, alma y cuerpo, cuya descripción más detallada hizo Orígenes (185-254 d. de C.) en su obra: *De principiis*. Plotino (203-269) estableció el concepto del *Alma universal*, donde se hallan y de la que proceden almas particulares y sustanciales. Su esencia consiste en una actividad animadora y vitalizadora, formadora y organizadora a un mismo tiempo, mediante la cual, las almas crean cuerpos y les dan forma determinada y limitada por medio de las ideas, traduciendo así el sér intemporal de las ideas a la formación temporal de las cosas



corpóreas. El destino del alma está en libertarse de esa materia, dentro de la cual vuelva constantemente a caer en el círculo de las reencarnaciones, de la trasmigración de las almas, y a penetrar en mundos más elevados. San Gregorio Niceno (338-394) opina que el alma es una sustancia inmaterial e independiente, que llena todo el cuerpo humano, no en el espacio, sino a la manera como la luz llena el aire.

El alma, en su relación con Dios, es uno de los temas preferidos por San Agustín (334-430). En sus obras *De Trinitate*, *Confessiones* y *De Civitate Dei* explica su sistema de correspondencias entre la esencia de Dios y la estructura del alma. Existe una verdad absoluta e intemporal, que supone un sér absoluto: el sér de Dios. Todo conocer es, en el fondo, una búsqueda de la verdad. Como el alma es una y sin embargo está en todo el cuerpo, así Dios es uno, estando sin embargo presente en todas partes. El alma, sér inmaterial, imagen de Dios y sujeto de la experiencia interna, no puede ser algo material porque algo material no puede aprehender datos inmatrimales, es decir, fenómenos psíquicos. "Allí se me ofrecen el cielo y la tierra y el mar con todas las cosas que he podido percibir sensiblemente en ellos, a excepción de aquellas que ya tengo olvidadas. Allí me encuentro a mí mismo y me acuerdo de mí y de qué hice, y en qué tiempo y en qué lugar y de qué modo y cómo estaba afectado cuando lo hacía. Allí están todas las cosas que yo recuerdo haber experimentado o creído. De este mismo tesoro salen las semejanzas tan diversas de las cosas, ya experimentadas, las cuales yo mismo, al cotejarlas con las pasadas, pienso por ellas en acciones futuras, en acontecimientos y esperanzas, todo lo cual, a su vez, lo concibo como presente" (1).

Al desarrollo histórico, con sus períodos, corresponde de cierta manera la evolución del alma individual, la cual, de la vida puramente instintiva, pasa a la desesperación por el pecado; se acoge a la gracia salvadora y, finalmente, encuentra la paz en Dios. "*Tú nos feciste ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te*".

Aunque quedan dudosos los conocimientos elaborados

(1) "Confessiones". VII, 14.

por nuestra alma y aunque de los objetos del mundo externo que nos rodea no ofrece la experiencia prueba cierta alguna, sin embargo la propia experiencia demuestra la existencia del propio Yo, de la propia alma. "*Vivo, luego existo*" argumenta Agustín, anticipándose a la conocida frase de Descartes (1596-1650), "*Cogito, ergo sum*". Con Descartes se entra, más propiamente, en la Edad Moderna y su nombre nos conduce a la Psicología de esta época, filosófica también, es decir, metafísica.

De esta filosofía surge un problema, que se hace fundamental para el del alma y de sus relaciones con el mundo y con Dios: el concepto de conciencia. La Filosofía antigua distinguía entre el alma y la vida: el alma es lo que da la vida al cuerpo, siendo la oposición entre alma y cuerpo la misma que entre la naturaleza orgánica y la inorgánica. La relación entre el alma y cuerpo se hace comprensible como el Yo, y la conciencia cognoscente y pensante puede saber algo de un mundo fuera de ella. Esa relación entre el alma y el cuerpo conduce necesariamente al problema del conocimiento. ¿Por qué camino llegaremos al conocimiento de la verdad?... ¿Cómo lograremos el conocimiento de un mundo que está fuera de la conciencia?...

Es ese uno de los problemas primordiales de la reflexión filosófica de Renáto Descartes (Renatus Cartesius). Su respuesta conduce a las matemáticas, especialmente a la geometría. El método matemático de la reconstrucción clara y distinta de las unidades numéricas hay que aplicarlo a la filosofía, que toma los caracteres de una ciencia verdadera: la "*Ciencia del Universo*", llena de oposiciones aparentemente insalvables e irresolubles.

Cogito, ergo sum. La existencia de mi Yo pensante, de mi conciencia de este instante, con estos sus contenidos, con estos sus modos, no puedo ponerla en duda, aunque sí pueda dudar de sí de mi percepción, de los contenidos de mi conciencia, corresponda alguna verdadera realidad. Por un lado está el Yo, la conciencia; por el otro, el mundo de fuera, el mundo exterior a la conciencia. El primero me es cierto en su existencia; el otro me es dudoso. El Yo pensante, o la conciencia, y el mundo exterior se presentan esencialmente dis-

tintos, substancialmente diversos, como dos *sustancias* que no pueden referirse la una a la otra. El alma es la sustancia pensante, la *res cogitans*, y la conciencia es su propiedad esencial, su "*atributo*". El cuerpo es una sustancia extensa, *res extensa*, y la extensión es el *atributo* del cuerpo. Podemos suprimir, mediante el pensamiento, todas las propiedades de un cuerpo, por ejemplo, su color, su forma, su dureza, su temperatura, pero no podemos suprimir el espacio que ocupa, su extensión.

Estrictamente dualista es la concepción cartesiana del universo: alma y cuerpo, conciencia y materia. Sólo en determinados puntos entran ellos en acción recíproca: del cerebro humano recibe la conciencia humana impulsos que la estimulan a sensaciones y sentimientos; a su vez, del alma que quiere, brotan impulsos que se traducen en estímulos nerviosos y en movimientos de los nervios del cuerpo.

Los fenómenos psíquicos se realizan en estados activos y pasivos, es decir, en estados que tienen su causa sólo en el alma y en estados que la tienen en la interacción de alma y cuerpo. Entre los primeros se cuentan el pensamiento y el querer, o la voluntad; entre los segundos, las sensaciones y las pasiones. El hombre debe dominar las pasiones, mediante la voluntad, y evitar, de ese modo, el pecado. Aquí es donde la psicología de Descartes se enlaza con la ética.

A Descartes le debemos el descubrimiento de la conciencia, como hecho fundamental de lo psíquico. Descartes fundó la teoría de la coincidencia de un fenómeno psíquico con el conocimiento de su existencia, (*Bewusst-sein*). De aquí salió la psicología empirista. Ya Locke, el filósofo inglés, había opinado que "*tener representaciones y tener conciencia de éstas es una sola y misma cosa*".

La psicología de Leibniz (1646-1716), célebre filósofo alemán, se basa en la *Teoría de las mónadas*. El alma es la única facultad con la cual percibimos directamente el universo. De las dos sustancias de Descartes queda, pues, únicamente el alma, como unidad de estados superiores, de sus representaciones. Lo que, en cada caso, está cercano a ella, es reflejado claramente por el alma; todo lo demás es oscuro y confuso. De aquí el concepto de las "*petites percep-*

tions", base de lo inconsciente, que tan gran papel desempeña hoy en psicología (Freud y su escuela del psicoanálisis). Dice Leibnitz: "Hay mil señales que hacen juzgar que en todo momento existe en nosotros una infinidad de percepciones pero sin impresión ni reflexión, es decir, cambios en el alma misma de los cuales no nos damos cuenta por ser las impresiones, o demasiado pequeñas y en gran número, o demasiado unidas. De suerte que nada contienen que nos permita distinguir las separadamente; mas, unidas a otras, no dejan de ejercer su efecto y de hacerse sentir, al menos confusamente, en su conjunto (1).

Todo cuerpo animado es, al mismo tiempo, una unidad natural y permanente, lo cual vale también para el cuerpo de los animales. Más aún: en el mundo de los cuerpos se hallan por doquier unidades orgánicas, a todas las cuales corresponden almas o, mejor dicho, seres a la manera de almas, con estados interiores que reflejan el universo, "*selon son point de vue*". Estos estados los denomina Leibniz *mónadas*, cuyo grado inferior lo constituyen las "*mónadas simples*", que no poseen representaciones claras. En cuanto al alma de los animales, ella está dotada de la capacidad de retener las experiencias; pero sólo el alma humana posee inteligencia y sólo al hombre compete una supervivencia consciente después de la muerte.

Existen, pues, dos esferas de realidad: el mundo de las *mónadas* y el mundo fenomenal corpóreo, representado por las *mónadas*, que guardan entre sí relación, en cuanto que a toda *mónada* psíquica corresponde una unidad orgánica y a toda unidad orgánica, una *mónada*. El fin supremo, la perfección y la felicidad supremas para cada alma y cada *mónada*, sería reflejar clara y distintamente el universo absolutamente perfecto, en todas sus partes, es decir: ser como Dios.

La psicología del filósofo inglés Jorge Berkeley (1685-1753), obispo de Cloyne (Irlanda), es especialmente metafísica. En su interpretación de las percepciones ella traspasa la experiencia y llega a la metafísica. No existen sustan-

(1) Prefacio de los nuevos ensayos acerca del entendimiento humano. II, 1.

cias materiales fuera del espíritu. Las "cosas", las *sustancias* corpóreas son tan sólo complejos de contenidos de *sensaciones*. Su existencia consiste en ser percibidas; su existencia es su conciencia; el mundo exterior existe únicamente como "idea". "Esse est percipi", ser, existir, es ser percibido. Por otra parte, el percibir exige un Yo percipiente, un sujeto activo, un alma, cuya esencia no es un pasivo ser percibido sino, precisamente, un hacer activo, un pensar, un percibir. Frente al Yo infinito está el sér espiritual, omnipotente, Dios, única causa de nuestros contenidos de conciencia, que a un tiempo nos habla mediante el mundo de las percepciones.

Conceptos semejantes a los de esta psicología espiritualista los hallamos en Francia, después de la Revolución. Cabanis (1757-1808), intentó investigar en su obra principal: "Les rapports du physique et du moral" (1802), las relaciones entre los hechos fisiológicos y los psicológicos, que interpretaba a base de una "conciencia central".

Maine de Biran (1766-1824), fundador de una psicología francesa autónoma de elevado alcance metafísico, en su obra: "Essai sur les fondements de la psychologie" (1811), combate, por un lado, el materialismo que reconoce solamente sensaciones y sus relaciones recíprocas y, por otro, el punto de vista metafísico, que sustituye el alma como sér absoluto. Los argumentos decisivos contra ambas orientaciones se encuentran en la conciencia, en la experiencia interna, la cual no nos presenta sólo sensaciones y contenido de percepción, datos pasivos, sino también la actividad de nuestro querer y la resistencia que un "mundo exterior" propone a esa voluntad, es decir, a nuestro Yo. En esta resistencia experimentase la existencia del mundo exterior, del no Yo, mientras que, en el querer, experimentamos nuestro Yo, el alma, y al mismo tiempo, su unidad, su fuerza y su causalidad.

En 1825 publicó el psicólogo y filósofo alemán Juan Federico Herbart (1776-1841) su obra: "Psychologie als Wissenschaft, gegrundet auf Erfahrung, Metaphysik und Mathematik", "Psicología como ciencia, fundada en la experiencia, en la metafísica y en la matemática". Basándose en las

ideas de Leibniz sobre las *mónadas*, veía en las esencias anímicas seres meramente representantes, cuya diferencia fundamental estaba sólo en los diversos grados de claridad. A la pregunta: "¿Qué es el alma?", contesta de manera metafísica: "El alma es un real, y reales son, como las *mónadas*, las últimas causas del existir y del actuar, unidades metafísicas fundamentales". Esta actuación consiste para el alma en el movimiento de las representaciones a fuerza del trabajo sobre los obstáculos, es decir, sobre otras representaciones frenadoras. Las otras manifestaciones psíquicas, como los sentimientos y el querer, son fenómenos psíquicos secundarios que dependen de las representaciones. De manera que su psicología es puramente intelectualista.

Hermann Lotze (1817-1881), sucesor de Herbart en la cátedra de la universidad de Goettingen (Alemania), contribuyó a la especulación espiritualista con su teoría sobre la esencia del alma. "Todo lo real es espiritual", es frase que caracteriza su sistema filosófico. El mundo está envuelto por una razón espiritual universal, sustancial a él. A diferencia del paralelismo psicofísico, mantiene Lotze la interacción entre cuerpo y alma (sustancia psíquica no perceptible).

Al principio metafísico: el alma es una sustancia espiritual; se ha contrapuesto en los últimos decenios la teoría de la actualidad de lo psíquico con la tesis de que esa misma actualidad sea la última realidad. Preparado ya por las críticas al concepto de una sustancia espiritual, formuladas por los filósofos Hume (1711-1776) y Kant (1724-1804), el psicólogo y filósofo alemán Wilhelm Wundt (1832-1920) y el otro filósofo alemán, Friedrich Paulsen (1846-1908), profundizaron dicha crítica y fundaron la teoría del voluntarismo o predominio de la voluntad sobre el intelecto. Wundt afirma que la unidad de la voluntad se determina cualitativamente, no por sí misma, sino por la dependencia mutua con respecto a otras actividades de esa voluntad. La voluntad no puede concebirse aislada, así como no puede concebirse aislado un todo separándolo de los individuos que son sus partes integrantes. El concepto del individuo y el de totalidad son conceptos racionales.

Otro de los caracteres de la metafísica de Wundt está en, teniendo a la naturaleza como la base y el condicionamiento previo de la actividad espiritual y afirmando que esa actividad espiritual refluye sobre la naturaleza, considerar a la voluntad "como una actividad organizadora" y establecer, entre el espíritu y la naturaleza un "complexus real" y orgánico. Así le sirve el voluntarismo de base para armonizar el pluralismo individual con el monismo cósmico, es decir, para dar solución a la dificultad entre monismo y dualismo. Esta metafísica es idealista: el mundo físico es un fenómeno, la corriente viva de la vida psíquica aprehendida en "la experiencia interna propia" (y así define Wundt la psicología), la realidad última que, en oposición a la *materia*, presenta un carácter creador ("concepto de la *síntesis creadora*"). Aquí se ve la influencia que sobre Wundt han ejercido Santo Tomás de Aquino, Duns Scoto, Spinoza, Leibnitz, Herbart y Fechner. Pero la metafísica, en el idealismo de Wundt, se aparta de la de los grandes idealistas de la tradición filosófica, al rechazar de su sistema el concepto de sustancia para caer en las concepciones de Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Schopenhauer.

Schopenhauer (1788-1860) publicó de 1814 a 1818 su obra capital: "Die Welt als Wille und Vorstellung", "El mundo como voluntad y representación". En ella funda el "voluntarismo metafísico", que difiere del psicológico, al que presenta como típico ejemplo de un fenómeno psíquico: el acto volitivo, compuesto de sensaciones, sentimientos y representaciones. Pero para Schopenhauer existe en el universo un punto, en el que nuestra experiencia sobrepasa el conocimiento del mundo de los fenómenos o mundo de los objetos. Por una parte, nuestro propio Yo es para nosotros cuerpo percibido, y como cuerpo, incluido dentro de la conexión causal del mundo espacio-temporal; pero, al mismo tiempo, nos conocemos como sér inespacial, supratemporal, libre: como "voluntad". Una misma "voluntad" se esconde tras del mundo de los fenómenos físicos y tras de la pluralidad de los fenómenos fisiológicos y psicológicos. La ciencia física, biológica y psicológica, observa la pluralidad de contenidos, objetivamente aprehensibles, para unirlos regular-

mente en espacio y tiempo, como fundamento y consecuencia. La metafísica presiente tras esa pluralidad objetiva un sujeto único: la *voluntad del mundo*. Ese concepto de la *voluntad* del mundo está más cerca del "absoluto", de Fichte, del "sujeto-objeto" de Schelling y del "espíritu absoluto" de Hegel, que del concepto de las "realidades" de Herbart, las cuales están conformadas a la manera de muchos Yos individuales, en tanto que Fichte, Schelling, Hegel y Schopenhauer avanzan hacia la "Mística, o sea, hacia la única raíz de donde procede toda conciencia, raíz más profunda que el sér del individuo.

Resumiendo lo arriba explicado, puede decirse que las teorías sobre las últimas causas de los fenómenos psíquicos, sobre la esencia de lo psíquico y sobre el alma, conducen a problemas esencialmente filosóficos: al dualismo y al monismo. La psicología asciende en tal forma hasta la metafísica. Esa relación ha dado hasta hoy sus frutos tanto en la psicología como en la filosofía.

Las teorías sobre la vida anímica y las últimas causas se agrupan bajo el nombre de "El materialismo en la psicología". Y las formas principales bajo las cuales aparece dicho materialismo en la historia de la psicología, son: el *materialismo atomístico*, que imagina al alma como sustancia especial que penetra en el cuerpo y disuelve los fenómenos psíquicos en átomos fisiológicos; el *materialismo mecánico*, que interpreta las manifestaciones psíquicas como consecuencias de procesos fisiológicos cerebrales, y el *materialismo psicofísico*, que explica los fenómenos psíquicos como funciones de determinados procesos materiales.

MATERIALISMO ATOMISTICO

El primer ensayo de valor científico lo representa el sistema del filósofo griego Demócrito (430-360 a. de C.), que dice: el sér sustancial, sin origen, sin muerte y sin cambio, son los átomos. El alma resulta de los átomos de fuego que atraviesan el cuerpo. El pensamiento, la percepción, los sentimientos, son movimientos de los átomos del alma, son un proceso corpóreo.

La escuela estoica, fundada en Atenas por Zenón de Citium hacia el año 300 a. de C., se acogió al concepto del materialismo, diciendo que todo lo real es corpóreo. Pero esta única realidad corpórea está gobernada y animada por el fuego primitivo que, como alma organizadora, da forma y vida a las plantas, a los animales y al hombre. Ese fuego primitivo es, al mismo tiempo, racional y divino, es la razón del universo, el "Logos".

En Epicuro (341-270 a. de C.) logró el materialismo de la antigüedad su refinamiento más alto. El trae sus aportes a la teoría de los átomos, contenida en la metafísica materialista de Demócrito, átomos que forman el alma de manera tan sustancial, como la fragancia es a la flor. Cuatro sustancias se unen en el alma: fuego, aire, *pneuma* y una sustancia sin nombre, la más refinada y movable.

A las ideas de Epicuro adhirieron los filósofos romanos, especialmente Tertuliano (160-222 a. d. C.). El alma es el hábito de Dios, el *flatus Dei*, que tiene órganos de los cuales se sirve el hombre para pensar y soñar, alma que, después de la muerte es cognoscible solamente para hombres en estado de éxtasis.

A ese materialismo primitivo se afiliaron también, aunque en parte, algunos filósofos de la Patrística, como Hilario de Poitiers (350), quien enseñó sin vacilaciones la estructura corpórea del alma. Tan sólo la escolástica se libró de tal concepto.

MATERIALISMO MECANICO:

Los fundadores de este concepto filosófico en la psicología son: el filósofo francés Cassendi y el filósofo inglés Hobbes. Pierre Cassendi (1592-1655), físico, matemático y filósofo, renovó, en su obra: "*De vita, moribus et doctrina Epicuri*" (1647) la doctrina de Epicuro, variándola de tal modo que la sensación pertenece al alma material, compuesta de átomos, pero el pensar, al alma inmaterial y racional que, al crearlo incorpora Dios en el hombre.

Tomás Hobbes (1588-1679), materialista y mecanicista, sostiene en su obra "*De homine*", la teoría de que todos los

fenómenos del mundo corpóreo han de explicarse mecánicamente, mediante movimientos, participando así de la opinión de Descartes, con la diferencia de que lleva su pretensión hasta el mundo psíquico. Los movimientos de los cuerpos se transmiten primeramente a los sentidos, de ellos al cerebro y del cerebro al corazón. Aquí tiene lugar una transformación de los movimientos al exterior, a través del cerebro, hasta el órgano del sentido específico. Ese contramovimiento produce la sensación. De estos movimientos sensoriales surgen, de manera semejante, todos los otros fenómenos psíquicos. El alma no es una sustancia, como enseñó el materialismo de la antigüedad, sino tan sólo el efecto de procesos mecánicos. Un alma inmaterial es un concepto irrepresentable. Conforme con sus materialismo y naturalismo, Hobbes rechaza terminantemente toda idea de libertad de la voluntad.

Los psicólogos ingleses David Hartley (1704-1757) y José Priestley (1733-1804) modificaron la teoría de Hobbes, diciendo el uno, que a ciertos fenómenos psíquicos corresponden vibraciones de fibras cerebrales (hipótesis de la vibración), pero que el análisis de procesos psíquicos siempre llevará a fundamentos psíquicos que no pueden ser explicados sólo con movimientos. El otro aplicó tales teorías a un sistema psicológico materialista: todos los fenómenos psíquicos resultan de vibraciones cerebrales. La vida psíquica tiene como fundamento la ley de asociación de las representaciones. El alma y el cerebro son cosas idénticas.

Esta forma de materialismo mecánico, sin novedad de conceptos, se encuentra, con todas sus consecuencias, en los filósofos franceses La Mettrie (1709-1751) y Holbach (1723-1789). Al mismo tiempo surgió una nueva y última forma de materialismo:

EL PSICOFISICO:

Introducido a la filosofía por el francés Diderot (1713-1784) en los siguientes términos: la materia va incorporada en toda sensación. El mundo se compone de átomos animados. En semejante concepción del mundo, ningún sitio

queda para el alma, hecha víctima a un tiempo de la cultura de la inteligencia y de la fe en el predominio de la ciencia, como única capaz de dar la felicidad a los mortales.

Los materialistas del siglo XIX optaron por ese concepto, llegando a identificar el alma con el cerebro. Fue ese el caso de los fisiólogos alemanes Moleschott (1822-1893) y Buechner (1824-1899). En la discusión sobre el problema de la esencia del alma tomaron parte los fisiólogos y médicos más célebres de la época, tales como Vogt, Wagner, Virchow y Haeckel. Virchow sostuvo el concepto de que la actividad de un alma sustancial o de un alma etérica se puede reducir, en último término, a medidas psicofísicas. Ernesto Haeckel, (1834-1919), autor de la tan conocida obra "*Die Weltraetsel*", "Los Enigmas del universo", manifestó patéticamente en el Congreso Científico de Investigadores de Ciencias físicas y naturales, en 1877, que la célula es la última causa de la vida psíquica (Zellseele) y, consecuentemente, que los átomos también poseen "*alma*". Un zoólogo de la escuela darwinista, Gustavo Jaeger, basó su "Psicología" en los olores individuales, que surgen de emanaciones finas del cuerpo humano y constituyen "*el alma*". Para evitar una superproducción de estas emanaciones corporales y anímicas, inventó camisas especiales, conocidas, desde entonces, con el nombre de "*camisas de Jaeger*". *Difficile est satiram non scribere!*

Resumiendo en pocas palabras lo expuesto, se ve claramente cómo las diversas formas de la psicología metafísica: la dualista, la espiritualista y la materialista, han sido influenciadas por factores diversos. La psicología dualista participa, en mucho, de conceptos religiosos; la espiritualista está vinculada estrictamente a sistemas filosóficos propiamente dichos, y la materialista forma parte de las ciencias físico-naturales, es decir, del pensamiento naturalista. Esta "*época de las ciencias naturales*" ha influido profundamente en la psicología, que a partir del siglo XIX se trocó de psicología exclusivamente metafísica que era, en una psicología naturalista, basada sobre hechos psíquicos, observados e investigados por el método propio de las ciencias naturales: la experimentación. Pero tampoco en esta época la psicología ha

prescindido de la necesidad de formarse conceptos filosóficos y los psicólogos más célebres de nuestro tiempo, al par que psicólogos, han sido filósofos de conocida reputación: Fechner, Wundt, Lotze y muchos más.

Dr. EDWIN TAUSCHER
Profesor de Psicología en el
Colegio Mayor.

